EL AUTODESPRECIO Y LO OTRO

Nacho Vigalondo

Estos mismísimos días me encuentro en la apasionante encrucijada (o, más concretamente, fuego cruzado) que es la financiación y definición de un primer largometraje. Una de las cuestiones más planteadas por parte de curiosos y gente desvinculada del proyecto a las que me enfrento es: «¿Vas a rodar en inglés o en español?». Y si cien veces me han hecho esa pregunta, cien veces he contestado: «No lo sé».

No quiero llamar la atención sobre la respuesta (victimista pero sincera), sino sobre la pregunta. En efecto, pese a haber filmado todos mis cortometrajes en castellano, persiste la duda acerca de en qué idioma rodaré el largometraje.

Hay tres razones básicas para esto:

La primera es la nominación al Oscar por mi cortometraje *7:35 de la mañana*. Es de cajón. Todos podemos intuir la proyección internacional que sugiere una distinción como esta. Sin embargo, no olvidemos que nuestro pequeño musical llegó hasta el corazón de Hollywood siendo, en esencia, una canción de siete minutos, con lengua y métrica en castellano. Algo que entendimos como un posible obstáculo a priori, pero que en la práctica no obstaculizó —¿o incluso potenció?— su tremenda carrera internacional. Yo, que soy un obsesivo de la reacción del público, me preocupaba por cómo, en Berlín o en Canadá, el corto lidiaba con la desintegración de una sus bazas cómicas: la comicidad de los ripios necesitaba el complemento de los oportunos subtítulos para que el chiste funcionase. Es un cortometraje particularmente entregado al lenguaje en el que está cantado, por una cuestión tanto expresiva como puramente narrativa (la letra de la canción es también vital para entender el desenlace). Pero fue oír las risas del público y plantearme, con vergüenza, cuánto hay



Nacho Vigalondo en *7:35 de la mañana* (Nacho Vigalondo, 2003). © Ibarretxe y Co. S. L.

de autodesprecio en las trabas a priori que planteamos a nuestra lengua cuando viajamos afuera.

La segunda razón es que mi largometraje es de género. Género negro, con pinceladas de terror, incluso de ciencia-ficción. La combinación perfecta para que la gente se preocupe por el idioma. Pese a la llamativa tradición que hay en nuestra lengua de literatura y cine en estas vertientes, todo el mundo coincide en que es «más creíble» oír «This is a time machine» que «Esto es una máquina del tiempo». Llegando a la aberración de pensar que es más creíble escuchar el castellano de un actor de doblaje que el castellano natural de un actor en pantalla. Y quiero insistir en lo más peliagudo: nadie discute que un director de cine español sea capaz de espeluznar o fascinar con los viejos recursos del género. Se discute que sea capaz en castellano. Algo que, en tres pasos, se descubre como irracional, como algo producto, de nuevo, de cierto tipo de autodesprecio cuyo nacimiento histórico soy incapaz de precisar.

Y la tercera razón, quizá la que necesita una consideración más urgente, es la oleada de nuevos realizadores españoles que, para completar sus proyectos, necesitan la colaboración de entidades o actores anglosajones, o la participación parcial o absoluta de productoras estadounidenses. Tengo que asumir que me encuentro de lleno en este movimiento migratorio, y hace tiempo que me he hecho a la idea de que a lo mejor mi película es en inglés. Hollywood siempre se ha caracterizado por la fagocitación de talentos europeos, algo que se multiplicaba cuanto más turbio era el clima político y social en la vieja Europa. Es decir, cuanto más apurada era la misma situación del cineasta europeo. El problema de que, hoy en día, en una industria como la española, tan necesitada de valores con gancho y capacidad de sorpresa, el cineasta joven sienta algún tipo de apuro, de consecuencias tan migratorias como el anterior, ya no me lleva a pensar en el autodesprecio, sino en otro síntoma mucho menos sofisticado. ■

Nacho Vigalondo es cortometrajista. Ha sido nominado al Oscar en 2006 por su corto *7:35 de la mañana*.